

El
equilibrio
de
los
números
(y de las palabras)

Oscar Dallegre, Córdoba,
abril de 2020

ÍNDICE

Pg. 1.....El equilibrio de los números (y de las palabras)

Pg. 2.....Índice

Pg. 4.....Presentación

Pg. 9.....El equilibrio de los números

Pg. 18.....¿Y para qué sirve el equilibrio de los números?

Pg. 23.....El equilibrio de las palabras

Pg. 28.....El equilibrio de las oraciones

Pg. 33.....Otro pasito

Pg. 37.....Pero volvamos atrás

Pg. 41.....Números y palabras

Pg.44.....Una conversación telefónica

Pg. 47.....Conclusiones

EL EQUILIBRIO DE LOS NÚMEROS (y de las palabras)

Presentación

De pequeño conviví con los números. Y procuré ordenarlos, buscar en ellos un equilibrio, una llanura, lo más plana posible. ¿Por qué? Quién sabe. Parece que me daba paz, era una pulsión, algo que me llamaba a hacerlo.

Mi padre tenía una fábrica de soda. Y tal era nuestro ingreso familiar. Yo no trabajaba todos los días, por supuesto, pero desde la adolescencia recorrí el norte de la ciudad de Córdoba, sacando cuentas, mirando las chapas de las patentes de los autos, procurando reordenar sus números, para que fueran más amables, menos salvajes, menos agresivos.

Los clientes estaban en los barrios Los Paraísos, Zumarán, Alta Córdoba, Panamericano, General Bustos, San Martín, La France, Poeta Lugones, General Savio, Yofre Sur, Palmar, todo un arco que abarcaba buena parte del norte de la ciudad. El sur no. Era para mí un territorio desconocido. Y con el paso de los años

y las décadas de cierta forma lo siguió siendo. Poco a poco fui conociendo el sur, toda la ciudad, especialmente cuando llevaba a mi hijo a jugar al fútbol a los distintos barrios de la ciudad. Pero esa es otra historia.

Llevaba la contabilidad de los clientes de la fábrica. Anotaba en cuadernos los distintos repartos y los tenía todos ordenaditos. Visitaba cada uno de los “días” e iba agregando los nuevos clientes en un cuaderno, y también tachando aquellos que habían dejado de serlo. Así, el cuaderno, al cabo de varios recorridos del “inspector” (es decir, yo) ya era casi ilegible, recargado de tachaduras (los clientes perdidos) e interlineados (los nuevos clientes). Entonces sucedía que abría otro nuevo cuaderno, limpito, con todos los clientes, depurado todo, bien prolijito.

Eran tres repartos, y cada uno de ellos tenía tres recorridos distintos, que correspondían a lunes y jueves (el primero), martes y viernes (el segundo), y miércoles y sábado (el tercero). Resultaban así nueve recorridos (3 por tres, claro), cada uno de ellos

con más de 100 clientes promedio. Eran entonces 1000 clientes, más o menos.

Al final del proceso, mi gran alegría era decirle a mi padre: “hay 1031 clientes”, “hay 978 clientes”. Pero era esto fruto de un largo camino de rastillaje por cada uno de los nueve recorridos, que habían dado nacimiento a tres cuadernos nuevos, flamantes.

Se darán cuenta fácilmente que, cuando terminaba el tercer cuaderno y daba mi informe final a mi padre, este dato global ya estaba “vencido”, porque se habían producido en el último mes o mes y medio o dos meses, nuevas altas y bajas, que hacían ya vetusto el informe. Era un organismo vivo.

Y vuelta a empezar. Tachando e interlineando... visitando cada uno de los recorridos... hasta hacer los tres nuevos cuadernos...

Era trabajoso y divertido. Y por supuesto útil. Mi padre tenía así información clara de la cantidad de clientes de la fábrica. Y eso era muy bueno.

Además de visitar los recorridos personalmente, tenía también un registro diario, fruto de documentos que traían los tres repartidores y que yo chequeaba casi diariamente, en la comodidad de mi escritorio. Así, cuando yo visitaba el recorrido que ese día había elegido, ya sabía teóricamente todo lo que me iba a encontrar. Sin embargo, es obvio que la realidad es inasible y me encontraba con novedades en la calle que se habían escapado a los registros diarios y que las corregía sobre el camión.

Luego, regresado a casa, terminaba de poner al día mi bendito cuaderno.

De más está decir que, además de anotar y tachar clientes, yo le ayudaba al repartidor a vender soda, visitando a los clientes, llevando los sifones que cada uno pedía, ordenando la carga de cajones sobre la plancha del camión, etc.

Estoy hablando entre los años 1972 y 1984. Y nos manejábamos en camiones Chevrolet o Ford, modelo 1942, 1946, etc. Mi papá tenía gran experiencia con la mecánica de tales camiones, y los primeros arreglos los hacía

a veces él mismo y, cuando alguno no andaba, lo llevaba al mecánico que lo arreglaba. En esos días, el repartidor correspondiente al camión “enfermo” usaba un camión suplente, que estaba justamente para esa emergencia, que no era para nada extraordinaria, claro está.

Este trabajo de control lo realizábamos mi hermano mayor y yo. Pero unos años después mi hermano dejó el trabajo, se casó y me quedó toda la tarea a mí solo. Mi papá rara vez salía con los repartidores. Quedaba en la fábrica, arreglando sifones descompuestos o recibía a los repartidores o iba al banco o hacía algún trámite que hiciera falta.

Todo esto en medio de mis estudios en el colegio secundario o en la Facultad, adonde ingresé en 1977. Siempre con buenos, muy buenos o excelentes rendimientos académicos. E intercalando con torneos de ajedrez a los que era muy aficionado, con el consabido estudio en libros de ajedrez, más compartir en el Club Alekhine con mis amigos, claro está.

El equilibrio de los números

Es sólo un juego mental. En cincuenta años, sobran los dedos de una mano para marcar las ocasiones en que escribí algo o llevé al papel algún ejercicio del equilibrio de los números. No. Se refiere a algo mental, sin escribir nada.

Pero basta de misterios. Les voy a dar algunos ejercicios muy muy simples, del equilibrio de los números, para que entiendan en qué consiste el ejercicio, y luego los iré complejizando. Y más adelante pasaremos al equilibrio de las palabras y de las oraciones.

Veamos: El número 22

2 2

Está claramente equilibrado. De ambos costados, izquierda y derecha, tiene el mismo valor, la misma altura. Entonces no representa prácticamente ningún interés. Sólo lo muestro para que tengamos el primer acercamiento al concepto del equilibrio de los números.

Otro caso: El número 23

23

Está desequilibrado. Y no tiene solución. NO hay manera de mejorarlo. Está ahí el pobre 23, cargado sobre su derecha, tumbado para un lado. Y no tiene cura.

Y si fuera: el número
232

232

De nuevo lo tenemos equilibrado. Está bien, pero no ofrece dificultades. Tiene igual carga a derecha y a izquierda, y al centro una leve elevación que, al estar al centro, no despinta. Está bien.

Ya sé. Estarán diciendo ustedes... ¿Y eso es todo! ¡Tanto aparato para tan poco! Bueno, esperen, tengan paciencia y tengan confianza. Después se pone más complejo y más interesante.

Sigamos con el número
5281